

LA IMAGEN ECONÓMICA. IMPACTOS DE LA INFORMACIÓN

POR

ANTONIO MARTÍN PUERTA

Como es bien conocido, a lo largo de la historia uno de los aspectos determinantes a la hora de enjuiciar a las sociedades ha sido el relacionado con su bienestar material y su prosperidad, bien fuera ésta aparente o real.

Esta valoración acerca de la efectiva situación económica ha venido condicionada por factores tales como la posibilidad real de obtención de correcta información, por la capacidad de adecuado análisis de la situación, por factores como la envidia o la autosuficiencia y, por descontado, por factores como la manipulación interesada y coaccionante ejercida por los órganos de comunicación, además de por la aparición de las ideologías como elemento distorsionante de cualquier juicio exacto.

La posibilidad de obtener datos ciertos sobre la situación económica, sea sobre la propia o sobre la de otros países —tan vinculada al efectivo desarrollo de la economía como ciencia— ha hecho que durante la historia este aspecto se haya basado a veces en supuestos exactos y razonables, pero en no pocas ocasiones en juicios disparatados fruto de las más extravagantes fabulaciones.

En todo caso la economía ha tardado muchos siglos en pasar de estar conformada por un conjunto de técnicas más o menos elaboradas a finalmente poder actuar con carácter científico a través del uso del análisis y de soportes estadísticos suficientes como para poner en ejecución medidas eficientes en cuanto a los resultados buscados. Es evidente que habiendo mediado un

espacio cronológico de un siglo entre la España de la Restauración canovista y la nuestra, sin embargo la distancia es de años luz a la hora de valorar los conocimientos técnicos y científicos, lo que facilita la exactitud de cualquier juicio acerca de la aplicación de una medida económica.

Tales errores de juicio han llevado con frecuencia a invasiones y conquistas de países considerados como un Eldorado, que una vez invadidos e incorporados a la potencia invasora resultaban ser un lastre, provocando la conquista un coste económico muy superior al provecho económico obtenido.

Pero mientras estas frecuentes incorrecciones históricas para evaluar han procedido de limitaciones propias de la información o de la competencia de una teoría para obtener correctas conclusiones económicas, nada como la ideología ha llegado a resultar un factor tan deformante de la capacidad de observación y de análisis de la realidad, tanto de la propia como de la ajena.

En realidad no podía resultar de otra manera, pues una ideología siempre sigue el mismo proceso: selecciona una parte de los hechos, presentes o pasados, como base para su desarrollo; a continuación escinde ese aspecto elegido del resto de la realidad; pasa a desarrollar un sistema cerrado y supuestamente completo basado en ese aspecto parcial con la intención de explicar la totalidad de las relaciones humanas. Y finalmente, como buen idealismo, concluye afirmando que la realidad no son los hechos sino las ideas, dando lugar a una auténtica actitud de juicio enajenado que resulta sofocante e irrespirable para quienes no participan de la ideología, ante la proclamación de todo tipo de absurdos como dogmas indiscutibles.

Pero como la ideología, "per se", tiende a tener carácter totalizante, intentando que ningún área le quede al margen, uno de los aspectos básicos que suele incluir es precisamente el económico, generándose así afirmaciones como que la extinta Unión Soviética era el paraíso del proletariado, mientras los Estados Unidos son el peor rincón del planeta para un trabajador. Lo cierto es que por desvariado que pueda resultar el juicio, es sin embargo coherente con la ideología de la que emana, pues en ésta lo real no es la realidad sino las ideas; de hecho una de las

piedras de toque para saber si nos encontramos ante una actitud ideológica es la peculiar característica de que la realidad más obvia que tenemos delante de los ojos —en este caso la económica— no es reconocible a través de las afirmaciones derivadas de la ideología.

Otros aspectos como la envidia (fundada o no) hacia supuestas o reales riquezas ajenas de países, grupos sociales o personas, al igual que la soberbia y la autosuficiencia (igualmente con fundamento real o no), han dado lugar a graves errores de juicio y a decisiones equivocadas, han provocado revoluciones, guerras o cierres del propio mercado, que en muchos casos han sido de calamitosos efectos para el país o para los grupos sociales implicados.

Finalmente la imagen creada por los actuales medios de comunicación, nunca independientes y siempre al servicio de alguien, que divide al mundo en dos partes como al final veremos, pues en nuestra época la imagen económica domina casi todo.

Lo que a continuación vamos a ver es una senda de ejemplificaciones históricas referidas a algunos de los países más influyentes, que prueban como la imagen económica, no su realidad económica, ha sido determinante (o factor importante) a la hora de enjuiciar regímenes, naciones e incluso civilizaciones y a la hora de los fracasos de muchos intentos políticos y sociales.

1. El mundo romano

Una de las materias más tratadas por la historiografía ha sido la del apogeo y caída del Imperio Romano. Se han llegado a elaborar hasta verdaderos listados de causas de la decadencia, y si bien siempre ha habido serias divergencias de criterio, ha habido no obstante una cierta unanimidad en el enfoque relativo a lo económico.

Es cierto que a partir del siglo III como consecuencia de la situación más o menos latente de amenazas de guerras civiles y de la creciente amenaza de los bárbaros en las fronteras, el ejército cobró mayor importancia y dimensión, pasando de los

350.000 soldados de Septimio Severo a los casi 500.000 de Diocleciano en el transcurso de un siglo; de hecho los tributos se elevan hasta llegar al momento en que con este último emperador a comienzos del siglo IV se hacen necesarias medidas generales de intervención de precios y una fiscalidad suficiente para mantener no sólo al ejército sino a la aumentada burocracia.

Juzgando el fenómeno desde el punto de vista liberal, es conocido el párrafo de Ortega al respecto:

“Este fue el sino lamentable de la civilización antigua. No tiene duda que el Estado imperial creado por los Julios y los Claudios fue una máquina admirable, incomparablemente superior como artefacto al viejo estado republicano de las familias patricias. Pero, curiosa coincidencia, apenas llegó a su pleno desarrollo, comienza a decaer el cuerpo social. Ya en los tiempos de los Antoninos (siglo II) el Estado gravita con una antivital supremacía sobre la sociedad. Esta empieza a ser esclavizada, a no poder vivir más que en servicio del Estado. (...) La burocratización de la vida produce su mengua absoluta —en todos los órdenes—. (...) Entonces el Estado para subvenir a sus propias necesidades fuerza más la burocratización de la existencia humana. (...) A ésto lleva el intervencionismo del Estado: el pueblo se convierte en carne y pasta que alimenta el mero artefacto y máquina que es el Estado. El esqueleto se come la carne en torno a él.”

El anterior razonamiento, que es correcto en el extremo, además de haber sido reiterado con segunda intención por Ortega en su momento contra los seguidores del fascismo, es uno más de los que han reforzado la imagen de caída inevitable del imperio por agotamiento económico y social fruto de la absorción estatal. No obstante, no considera que la situación referida no era consecuencia de teorías estatistas, sino resultado de necesidades crecientes ante la falta de seguridad del Imperio. De no haber existido la corriente invasora de los pueblos germánicos el fenómeno económico y social probablemente no se habría manifestado de ese modo.

Un texto de 1986 del inglés Arthur Ferrill prescinde de la explicación económica y social como causa de la caída del Imperio. El autor no reconoce sino una causa militar: la derrota

de Adrianópolis en el año 378 frente a los visigodos y la entrada final en Roma de éstos en el año 410, todo ello consecuencia de una inadecuada estrategia militar impuesta desde los tiempos de Diocleciano.

Digamos de paso que también parece rechazable el argumento de la supuesta corrupción de Roma, ciudad que hacía tiempo no jugaba sino un papel secundario, y del cristianismo como elemento debilitante de la antigua fortaleza moral de los romanos: el argumento que acusa a los primitivos cristianos de haber hecho perder a Roma su antigua vitalidad tampoco se sostiene pues, de ser cierto, habría caído también Bizancio, que pervivió mil años, aparte de que los visigodos eran todos cristianos mientras no todos los romanos lo eran.

Y en cuanto a la afirmación marxista de inevitabilidad de la decadencia de Roma como consecuencia de la opresiva estructura social (esclavitud, concentración de la propiedad) tampoco resulta convincente, como cualquier otra teoría, por generalmente aceptada que resulte, de las que buscan la explicación en los aspectos económicos o sociales, dado que Constantinopla sobrevivió mil años habiendo partido del mismo modelo social, económico y religioso.

Como resumen puede decirse que cabe poner tranquilamente en tela de juicio cualquier explicación sobre la decadencia de Roma basada en circunstancias económicas, por muy difundidas que hayan llegado a estar tales teorías.

2. La España imperial

Encontramos un caso histórico en cierto modo contrapuesto en cuanto a la influencia admitida de lo económico en la decadencia del imperio español. La imagen económica —de nuevo la imagen, no la realidad— fue un aspecto relevante en su mantenimiento y caída, si bien hay que establecer tres imágenes distintas: la que tenía España de sí misma, la que tenían los demás de ella y una tercera no menos importante, la que tenían entre sí los distintos pueblos de la monarquía común.

La andadura iniciada con la unión personal de dos coronas independientes a través del matrimonio de los Reyes Católicos en 1469 es seguida del desarrollo de la presencia europea a través del matrimonio de sus hijos. Tal presencia extrapeninsular generó los conflictos militares de todos conocidos, que desde un inicio exigieron grandes gastos económicos cuya cobertura provocaría con el tiempo serios conflictos internos.

En efecto, pese a cuanto bienintencionadamente se pueda afirmar acerca de una supuesta unidad armónica de los reinos que conformaban la España imperial, son legítimas las más serias dudas acerca de la exactitud de esta afirmación. A dicha unidad, que estuvo próxima a ser destruída ya en 1505 cuando se pactó la boda de Fernando de Aragón con Germana de Foix, sobrina del rey de Francia, es difícil atribuirle armonías excesivas cuando el grado de poder real era tan distinto en Aragón y en Castilla, especialmente a partir de la derrota de los comuneros en Villalar, y cuando la visión sobre la figura del rey era tan distinta en ambas coronas. La consecuencia inmediata era que la diferente posición del monarca implicaba forzosamente una muy diferente capacidad en cuanto a las exigencias de aportaciones tanto humanas como económicas para las inacabables guerras.

Por más que se quiera obviar el hecho, lo cierto es que el supuesto equilibrio armónico quedó seriamente en duda desde el momento en que los únicos recursos fiables para mantener los intereses de la Corona de Aragón en Italia fueron el ejército y el dinero castellanos a partir de los ataques de Carlos VIII en 1494. Es importante considerar, puesto que hablamos de la visión de las cosas, y no necesariamente de su realidad, cómo veían los hechos los participantes: para Francia era una guerra entre Francia y España; para Castilla un uso abusivo de sus recursos contra un vecino con el que no tenía conflictos en beneficio de otro reino de la monarquía que sí los tenía; y para los pueblos de la Corona de Aragón un asunto en cierto modo ajeno, de más interés para su rey común que para ellos mismos. Ambas visiones de los reinos hispánicos con su correlativo aspecto de exigencias económicas a la hora de las aportaciones a las necesidades bélicas serían en inicio diversas, y con el tiempo contrapues-

tas, lo que vendría a generar uno de los más graves problemas internos de la monarquía.

La guerra habría sido seguramente controlable de haber quedado circunscrita a la península italiana, pero la política de cerco a Francia (de interés para Aragón pero no para Castilla) situó a la monarquía española en el centro del huracán al emparentar con la Casa de Borgoña, que había conocido mejores tiempos, además de con quienes durante largo tiempo se encontrarían en situación política y económica mendicante: la que durante dos siglos pasaría, paradójicamente, a ser la rama menor de la dinastía, es decir los Habsburgo de Viena.

Porque lo cierto es que España, básicamente con los recursos de Castilla, estaba librando una guerra de carácter mundial frente a potencias que sólo desarrollaban guerras locales: luchaba en el Atlántico contra ingleses y holandeses, en los Países Bajos contra holandeses y franceses, en Alemania contra los protestantes y sus aliados, en el Mediterráneo contra turcos y piratas norteafricanos, y además había que enviar recursos a la acosada rama menor de los Habsburgo de Viena para incluso mantener allí una guarnición que consolidara su posición contra turcos y protestantes. Ciertamente no todos estos frentes estaban abiertos simultáneamente, pero las épocas de paz fueron más bien precarias y no resultaban dilatadas.

Durante unas décadas se pensó, tal era la imagen que Castilla tenía de sí misma, que con los recursos provenientes de las flotas de Indias había capacidad para mantener la presencia en todos aquellos frentes; ciertamente una política de predominio mundial sólo puede triunfar en un conflicto a largo plazo si, además de tener la casa en orden, cuenta con recursos de nivel y origen mundiales, premisa ésta no suficientemente valorada en su momento ni por Napoleón ni por Hitler. Y la monarquía española contaba con una fuente de financiación de tal carácter además de las aportaciones de los diversos reinos; la imagen de las dos flotas anuales que llegaban de América cargadas de plata con la que pagar ejércitos enteros, no podía resultar más disuasoria para quienes pretendían enfrentarse con el Rey de España. Pero la imagen era una cosa y la realidad otra, porque la monarquía

vivía en una insuficiencia endémica de recursos y en una crisis económica acuciante desde fines del xvi, que para ser salvadas llevaron a proyectar en 1625 al Conde Duque la llamada Unión de Armas, que buscaba una aportación proporcional de cada reino de la monarquía, que por orden sería: Castilla e Indias 44.000 hombres; Cataluña, Nápoles y Portugal 16.000 hombres cada una; Flandes 12.000; Milán 8.000 y Valencia, Sicilia y las islas 6.000 hasta llegar a los 140.000 hombres.

El problema es que si bien el planteamiento teórico era correcto, no se pudo poner en práctica de modo menos adecuado. Aquí resulta clave la imagen económica que los pueblos de la monarquía tenían entre sí, porque las exigencias presentadas a Cataluña, además de haberse efectuado con las formas propias de las exigencias del poder en Castilla, en donde el poder real era muy superior, se efectuaron sobre dos premisas ambas inexactas: la primera de ellas la tradicional imagen de una Cataluña superlativamente próspera y desconocedora de los agobios económicos castellanos; la segunda basada en un error gravísimo, procedente de la inexistencia de un censo general, pues la población castellana era del orden de doce veces la catalana, lo que en proporción hubiera debido exigir un esfuerzo en hombres doce veces menor; para mantener la proporción Cataluña hubiera debido aportar menos de 4.000 hombres mientras como hemos visto se le pedían 16.000, o planteado de otra forma, en caso de que a Castilla se le hubiese exigido la misma proporción, en lugar de 44.000 hombres debería haber aportado del orden de 190.000.

Y para hacerse idea del peso social de las guerras baste recordar que en la propia Castilla ya tan pronto como durante las Cortes de 1539 el condestable Iñigo Fernández de Velasco protagonizó un famoso enfrentamiento con Carlos V por rechazar como inaceptables las nuevas exigencias tributarias para sostener el ejército imperial, de modo que el emperador no volvió a convocar a los grandes señores ni a los eclesiásticos. El resultado final fue que la petición de Olivares fue rechazada por las Cortes de Cataluña, lo mismo que aportaciones económicas sustitutivas que el conde-duque pidió en igual proporción, no siendo tampoco aceptada la exigencia.

Los efectos son conocidos: el problema se fue envenenando hasta la sublevación de 1640, cuyas últimas consecuencias se extinguieron en 1652, teniendo lugar mientras tanto la derrota de Rocroi frente al príncipe Condé, lo que selló el fin del poder indiscutido de España en Europa.

En ningún caso puede afirmarse que la guerra civil interna fuera determinante de la crisis final y de la decadencia de la España imperial pues la explicación es más simple: España no tenía medios suficientes para desarrollar una estrategia tan amplia como la que provocó Fernando el Católico, y la política económica de Castilla se basó en planteamientos equivocados. Pero la falta de cohesión de los reinos de la monarquía y los conflictos internos favorecieron su decadencia, resultando en todo caso evidente que la falta de planteamientos claros para las partes, la carencia de datos precisos tanto económicos como de población, la falsa imagen económica, la falta de conocimiento, por tanto, de las propias capacidades, se encontraron entre los varios aspectos influyentes en la seria crisis interna que facilitaron la derrota exterior.

Como escribió José Larraz: "Una política de fines desmesurados, de estimación hiperbólica de las posibilidades nacionales, de posposición total de lo económico y de grandes errores en este campo tórnase contra la grandeza y el espíritu y el poderío del pueblo que la sigue".

Ciertamente la imagen económica que Castilla tenía acerca de sus capacidades y la que tenía de sus vecinos fueron elementos que facilitaron el desastre.

3. La revolución francesa

Cuanto más nos acercamos a los tiempos actuales más notable es el influjo de las posturas ideológicas a la hora de enjuiciar los hechos económicos, lo que establece una diferencia de base con los posibles yerros anteriores: aquéllos procedían de deficiencias de planteamiento, de limitaciones para el análisis o de razonamientos incorrectos; por el contrario los procedentes de

los sistemas ideológicos proceden de la dogmática creada por los idealismos.

La primera y más extendida manifestación de esta forma de análisis ideológico, aún más extendida en el tiempo y en el espacio que la marxista, es la del enjuiciamiento de la caída del Antiguo Régimen con su correspondiente secuela de argumentos económicos.

Junto al habitual elogio de la modernización económica y social de la Revolución y del Imperio y de su supuesto progreso material, nada más común que escuchar las más severas críticas acerca de la situación económica y social de la Francia de Luis XVI, cuando era con diferencia el país de Europa en donde mejor se vivía, sin que ello suponga otorgar todas las razones a quienes idealizan el Antiguo Régimen. En efecto, si bien el país adelantaba en prosperidad al resto, vivía una transitoria situación de crisis financiera y presupuestaria que requería serias atenciones; la agricultura durante los diez años anteriores a la Revolución había pasado por una situación sin duda peor que la de los tiempos de Luis XV, y Francia era un país básicamente agrícola. De hecho el tratado comercial con Inglaterra de 1786 era el característico entre un país agrícola y otro industrial, y Francia no se había desarrollado industrialmente como Inglaterra por tener un excedente de mano de obra que no precisaba la maquinización, con una población de 26 millones de habitantes frente a los nueve de Inglaterra, si bien Francia contaba igualmente con sectores de desarrollo industrial, muchos de los cuáles se vieron perjudicados por dicho tratado.

Nada más aclaratorio sobre la supuesta mejora económica fruto de la Revolución como la constatación de que habiendo aumentado las tierras cultivadas como consecuencia de la enajenación de los llamados bienes nacionales procedentes de la Iglesia, de aquellos nobles que se opusieron a la Revolución o de los 70.000 que huyeron y de los bienes municipales, se produjo una reducción de la producción y de los rendimientos agrícolas; concretamente la venta de bienes comunales arruinó a muchos pequeños campesinos, de modo que muchos burgueses se enriquecieron y muchos pobres bajaron aún más de nivel. Ya en

noviembre de 1789 se aprueba un decreto de Mirabeau según el cual "todos los bienes eclesiásticos pasan a disposición de la nación, que toma a su cargo la conveniente cobertura de los gastos del culto, el mantenimiento de los sacerdotes y el alivio de los pobres". En conjunto un 20% de las tierras cambia de propietario, lo que consolidó la Revolución. Como dijo Michelet: "Los jacobinos se hicieron adquirentes y los adquirentes se hicieron jacobinos".

En el aspecto industrial las vísperas de la Revolución fueron de crisis y de bajas salariales generales que favorecieron la participación de muchos en los tumultos de la época, siendo nocivo para Francia el tratado con Inglaterra de 1786. Pero es que en 1800, la producción industrial era el 60% de la que había a comienzos de la Revolución, y si bien a partir de comienzos de siglo el producto nacional comienza a crecer a un ritmo que se ha estimado de en torno a un 3% hasta 1815, puede afirmarse que la producción industrial en el momento de la caída de Napoleón era como mucho el 90% de la existente antes de la Revolución; si descontamos la demanda generada por las necesidades militares, el resultado es cualquier cosa menos brillante.

En cuanto al comercio exterior, las guerras exteriores, la destrucción de buques por los ingleses y el bloqueo continental contra Napoleón lo habían dejado a niveles que no admiten comparación con el del Antiguo Régimen. Para ver quién había ganado la partida basta decir que en 1815, a la caída de Napoleón, once doceavos del tonelaje mundial de buques mercantes era inglés, con lo que tranquilamente se puede decir que el Emperador de los franceses fue el mejor basamento del Imperio británico.

Esa es la realidad económica que acompaña a la pérdidas de unos dos millones de personas con las guerras revolucionarias y napoleónicas, seguida de una situación de marasmo que dura décadas. Pero, ¿cuál es la imagen difundida sino la contraria? ¿Qué opinión tienen la mayoría de las gentes salvo que fue el nacimiento de un nuevo mundo que destruyó todas las miserias anteriores? ¿Cuántos son los que se atreven a decir que en caso de no haberse producido la Revolución la distancia económica entre Francia e Inglaterra habría sido menor?

La imagen económica creada por la ideología ha resultado triunfante, pero no podía resultar de otro modo: una ideología es un triunfo transitorio contra la realidad hasta finalmente darse de bruces contra ésta.

4. La falacia marxista

No obstante ningún ensayo tan brutal contra la realidad como el efectuado por la ideología marxista, en la que la economía no es una cuestión colateral sino su punto central, el núcleo que articula ese conjunto parcial de datos presuntamente explicativos de la totalidad de los hechos históricos y de las relaciones humanas.

Pero, pese al predicamento de que ha disfrutado Marx como economista, poco a poco se ha ido analizando si los primeros pasos estaban bien contruidos, y cada vez más se ha llegado a la conclusión de que ni siquiera desde un punto de vista metodológico la primera fase de su construcción es admisible. Para empezar Marx nunca se molestó en tomar datos directamente de campesinos u obreros, ni de su tío el empresario León Philips, el fundador de la célebre compañía holandesa, ni siquiera a través de su amigo el empresario Engels del que rechazó su oferta para visitar una planta fabril, ni tampoco consta que efectuase ninguna visita a instalaciones industriales; sus planteamientos eran puros apriorismos teóricos con los que construyó su sistema ideológico acerca del que no soportaba críticas. Bien lo sabían sus colegas revolucionarios de origen obrero, que si en su presencia osaban permitirse alguna discrepancia sobre cuestiones de tipo laboral o económico debían soportar a continuación una humillante sarta de improperios y un ofensivo trato de atrevidos ignorantes. Es más, como la mayoría de los líderes socialistas de origen verdaderamente obrero tendían a ser reformistas y no revolucionarios utópicos, pues lo que pretendían era mejorar sus condiciones reales de trabajo, eran tratados por Marx de seres de limitado entendimiento cuando no de traidores a la causa obrera.

Las teorías de Marx no se construyeron sobre datos reales imperantes en las fábricas o sobre experiencias directamente

transmitidas por obreros, sino sobre textos de biblioteca y boletines oficiales que utilizaba para apoyar sus ideas preconcebidas, por lo que Jaspers afirmó que no se trataba de un científico sino de un creyente.

El propio Marx reconoce que sus afirmaciones sobre la situación de la clase obrera hacia 1860 se basaban en una obra de Engels de veinte años antes basado a su vez en otro texto de 1833 que se refería a las circunstancias de una economía precapitalista, habiéndose llegado a la conclusión de que ya Engels tomaba datos atrasados hasta en cuarenta años, lo que ya fue denunciado en 1848 por el economista Bruno Hildebrand; en cuanto a los textos oficiales a los que recurría eran inspecciones acerca de las condiciones de trabajo de los obreros con ánimo de mejorar su situación, extrayendo Marx de tales textos la consecuencia de la maldad intrínseca del capitalismo y del poder y la voluntad de explotación por parte de ambos. En resumidas cuentas: Marx es anticientífico porque su actitud es exclusivamente ideológica.

Desde el punto de vista metodológico las objeciones son tales que invalidan cualquiera de sus teorías: elegir como objeto de sus críticas sectores industriales de condiciones especialmente malas que para nada eran representativas del conjunto; utilizar informes oficiales elaborados para reformar el sistema como base para demostrar su perfidia, y seleccionar datos anticuados en muchos casos anteriores al capitalismo, son puntos bastantes como para negar su honestidad y cualquier posible validez de sus ideas. Si el actual ministro de economía acudiera a las Cortes justificando la buena marcha de la economía gracias a las mayores exportaciones de naranjas, a las remesas de los trabajadores españoles en Alemania y se congratulara de la fuerte demanda del modelo Seat 600 sería objeto de justificada mofa; sin embargo Marx ha recibido todos los laureles a base de utilizar razonamientos de paralela actualidad.

Pese a todo nadie ha superado el éxito de Marx a la hora de crear la imagen económica y social del capitalismo, y nadie ha provocado una convulsión semejante a la que sufrió Rusia en 1917. Es más, para la mayoría de las gentes, incluso de ideas con-

servadoras, son correctas las afirmaciones machaconamente repetidas por los marxistas acerca de las condiciones de Rusia antes de la revolución bolchevique, aun no justificando sus resultados. Es el triunfo de la ideología como máximo instrumento distorsionador de los hechos reales.

Porque nada más falso que la extendida imagen de una Rusia zarista ajena a los procesos industriales de la época. Entre 1870 y 1914 los índices de producción industrial de Rusia fueron algo superiores a los de Estados Unidos para ese mismo período salvo entre 1905 y 1907, y en vísperas de la Primera Guerra Mundial Rusia se encontraba en plena pujanza industrial, con una red de ferrocarriles de 82.000 kilómetros, que en ochenta años sólo ha crecido en un 50%. Las grandes reformas impuestas por Stolipyn y el fuerte desarrollo económico dejaron asombrados a los países occidentales. El gobierno francés, sumamente interesado en el proceso, envió para su estudio al economista Edmond Terry, que en su libro *La Rusia de 1914* escribió: "Ni un solo pueblo europeo ha obtenido resultados semejantes", para concluir: "A mediados de siglo Rusia dominará el continente".

Pero lo que en Francia e Inglaterra —países aliados— era justificado aprecio, en Alemania era justificado recelo ante sus buenas relaciones con la Francia humillada y deseosa de recuperar Alsacia y Lorena; todos conocían cómo estaba trabado el sistema de alianzas, que terminó funcionando matemáticamente en 1914, por lo que ha sido frecuente imputar al Kaiser de Alemania el estar a la espera de la ocasión de desactivar a tan poderoso vecino. Fueran o no éstos sus pensamientos, lo cierto es que la revolución de 1917 no habría tenido lugar sin la colaboración del gobierno de Guillermo II enviando a Rusia a Lenin y su corte de revolucionarios a través de Alemania.

Y si falsa es buena parte de la imagen económica de la Rusia de Nicolás II, falsa es igualmente la afirmación sobre la guerra inevitablemente perdida por el zar. Nada más aclaratorio que el texto de Churchill en su libro *La crisis mundial*: "A pesar de todos sus fallos —obvios y desastrosos— el régimen que personificaba y dirigía (Nicolás II), al que con su sello personal había dado la chispa definitiva, había ganado en aquel momen-

to la guerra para Rusia". (...) "Las interminables retiradas habían cesado; la munición ya no escaseaba y el armamento se distribuía a buen ritmo. Un ejército más potente, más numeroso y mejor abastecido controlaba un inmenso frente". (...) "Sólo era cuestión de conservar las posiciones, de presionar con todo aquel peso sobre las líneas alemanas". (...) "En una palabra: contenerse, eso era todo lo que había entre Rusia y la victoria definitiva". Precisamente para hacer frente a esa situación de presión agobiante el gobierno del Kaiser preparó la gran canalada de remitir a Lenin a la frontera rusa protegido por el ejército y las autoridades alemanas.

Sobre el desastre que ha sido el subsiguiente régimen comunista poco se podría añadir que no se haya tratado más que sobradamente, y no obstante, pese a tratarse de una de las calamidades históricas casi unánimemente reconocidas, ¡qué éxito de imagen económica le acompañó hasta las fechas de su desaparición!, y ello pese a que como recuerda el recientemente publicado Libro Negro del comunismo, de los veinte millones de muertos en la desaparecida Unión Soviética, cinco millones lo fueron por hambre en 1922 y otros seis en Ucrania en 1932 y 1933 por el mismo motivo.

Mientras tanto en Occidente no sólo se reconocía a Marx como el brillante economista que había provocado el éxito del régimen bolchevique, sino que se admitían como reales las cifras que no eran sino propaganda. Se llegó a tomar en serio la afirmación de Kruschev de los años sesenta según la cual a mediados de los setenta la Unión Soviética y los Estados Unidos tendrían el mismo nivel económico y de bienestar. (Hay que reconocer que aunque haya sido con veinticinco años de retraso, al menos ello ha sido conseguido por el hijo de Kruschev, que en Septiembre de 1999 obtuvo la ciudadanía norteamericana.) A fines de los setenta se admitía que Polonia había adelantado a España en nivel económico y que el nivel de vida de las dos Alemanias era similar, cuando una vez caído el muro se ha podido descubrir que lo que había detrás no era para nada comparable a los países occidentales.

5. El nacionalismo

El máximo triunfo de la ideología y de su propaganda se ha correspondido siempre con la ruina de los países en que aquélla ha triunfado, si bien a este respecto resulta de notable actualidad recordar que también el nacionalismo es una ideología, que también tiene carácter totalizante y que además de haber provocado terribles destrucciones a otros ha terminado transformando en víctima principal al pueblo al que exalta, porque el nacionalismo siempre se sustenta en cálculos errados y desmedidos.

Ya hemos visto el caso de Napoleón, mezcla de ambición y nacionalismo, destructor de Francia, ciertamente, pero también de España, país que ofreció a su hermano José creyendo ambos en el espejismo procedente de la imagen generada dos siglos antes de fabulosas flotas de Indias cargadas de metales preciosos que resolverían cualquier problema económico. Aun cuando tal cosa hubiera sido cierta, ninguna flota procedente de las Américas le llegó a su hermano, que tuvo que vivir en un régimen de angustiosa penuria en tanto ocupó el trono de España, y la imagen creada en su mente no pudo resultar más inexacta a la hora de confrontar sus capacidades con sus ambiciones, que es lo que termina siempre llevando al fracaso del nacionalismo. También Hitler efectuó el mismo razonamiento económico: pensar que un conflicto mundial contra potencias mundiales como los Estados Unidos e Inglaterra podía resolverse apoyado en recursos nacionales o incluso continentales; al final una misma ambición desmedida basada en un mal cálculo trenzado a base de soberbia nacionalista.

Por ingrato que resulte tener que recapacitar sobre una cuestión tan actual como la enfermedad nacionalista que en buena parte se ha posesionado del País Vasco, no está de más analizar cuáles son los datos económicos reales que tal nacionalismo no parece tener en consideración, habiendo tenido como constante un razonar asentado sobre una imagen irreal fruto de la soberbia y de la falsificación. En efecto, pese a la imagen de eficiente administración y superior gestión difundida durante dos décadas

de gobierno nacionalista, las cifras no pueden dejar más en claro lo contrario. Según los datos recopilados por Julio Alcaide Inchausti en los anuarios de *El País*, los porcentajes de Producto Interior Bruto a precios de mercado del País Vasco sobre el total de España tomando la senda de años 1975, 1983, 1993 y 1997 son los siguientes: 7,60%, 6,33%, 5,88% y 5,98%, es decir una caída en veintidós años del 1,62%. Si tan superior fuera la administración nacionalista a la central y a las demás, la senda sería creciente, y sucede lo contrario. Es más, comparando la renta per capita del País Vasco con la de la Unión Europea, en 1975 era idéntica al promedio europeo, y hoy es el 93%, datos que para nada pueden atribuirse a estar siendo esquilados por la hacienda central, dado que su aportación tributaria (el llamado cupo vasco) es prácticamente cero.

En cuanto a las fantasiosas hipótesis nacionalistas acerca del protagonismo internacional que alcanzaría un supuesto Estado vasco independiente, si observamos el *ranking* por países según su PNB publicadas anualmente por el Banco Mundial, tal país quedaría al nivel de Rumania y por debajo de Bangladesh y de Marruecos, Estados cuya relevancia internacional es poco menos que nula; comparado con países europeos tendría un peso económico equivalente a la cuarta parte de Grecia y a la mitad de Irlanda, países que no son sino meros acompañantes mudos en las cumbres europeas. Pero pese a todo los nacionalistas prosiguen entusiastas su camino hacia el despeñadero, en plena euforia de la ideología, para la que como siempre lo importante son las teorías y no los hechos. Cabe recordar a este respecto que cuando al presentarse la primera candidatura de Ardanza a presidente del gobierno vasco preguntaron a Arzallus por qué razón no acudía él mismo como candidato, se justificó diciendo que era porque de números no entendía, tratándose probablemente de las pocas veces que este siniestro personaje ha sido sincero en su vida.

No obstante quien atribuya estos resultados al terrorismo estará seriamente equivocado, y para ello basta ver la correspondiente serie de datos de Cataluña, que, con un nacionalismo más moderado que el vasco, ha tenido una senda decreciente también

más moderada. Tomando los mismos años anteriores, esto es 1975, 1983, 1993 y 1997, el porcentaje de participación del PIB catalán sobre el total español ha tenido la siguiente senda: 20,00%, 19,70%, 19,07% y 19,04%, es decir una caída en veintidós años de aproximadamente un 1%. Evidentemente no se trata de cifras catastróficas, que ni siquiera permiten decir que haya habido una inadecuada gestión, pero sí evidencian que la administración nacionalista no es más eficiente que las demás sino todo lo contrario, y en el mejor de los casos parecida.

Sin embargo, ¿qué ciudadano de Cataluña, del País Vasco o incluso del resto de España creería en la veracidad de los datos expuestos? La mayoría pensará que se trata de un vulgar embuste, asimilando la imagen económica creada por la ideología nacionalista, siempre al margen de la realidad.

6. La imagen económica en nuestros días

Y si, para concluir, pasamos al nivel internacional, la imagen que proyectan las publicaciones especializadas como *The Economist* o *Financial Times* divide, como al inicio decíamos, al mundo en dos partes: por un lado existen realmente unos quince países cuya imagen económica es favorable (entre los cuáles afortunadamente está España), y por otro lado se encuentran los piadosamente llamados "emerging countries" deseosos de incorporarse a costa de lo que sea al nivel superior, y que son citados a título de obra misericordia, pero siempre a condición de que sometan sus políticas económicas, por perjudiciales que les resulten, a los intereses de quienes dirigen el primer grupo. Nunca estuvo más claro cómo se gobierna el mundo a través de la imagen económica, pues ya no se trata de que, como cínicamente dijo un célebre político socialista, el que se mueve no sale en la foto; es más: el que se mueve renuncia a tener imagen y por tanto a existir.